

pectáculo á la reina Isabel. Por la tarde dí una vuelta en el delicioso paseo que se extiende á lo largo de la orilla del mar, donde me señalaron una á una las más bellas y elegantes gaditanas. A mí, cualquiera que sea el juicio de los españoles, no me pareció el tipo femenino de Cádiz ménos digno de ser celebrado que el de Sevilla. Las mujeres son un poco más altas, y un poco más gruesas, y de moreno más cargado. Algun observador fino podria creerse con derecho á decir que tienen mucho del tipo griego: no sé en qué parte. Salvo la estatura, yo no ví más que el tipo anduluz; y bastó para arrancarme suspiros que hubieran puesto en movimiento una lancha, y para obligarme á volver lo más pronto que pude á mi barco, como á un lugar de refugio y de paz.

Cuando puse el pié á bordo era ya de noche, y el aire traía con interrupcion los ecos de la música que estaban tocando en el paseo de Cádiz. Los cantantes dormian ya; me encontraba solo; la vista de las luces de la ciudad, aquella música, y el recuerdo de las lindas caras gaditanas me inspiraban melancolía; no sabia qué hacer de mí; bajé al camarote, cogí mi cuaderno, y empecé la descripcion de Cádiz. Pero no conseguí más que escribir una docena de veces las palabras blanco, azul, nieve, esplendor, colores; despues de lo cual bosquejé una figurita de mujer, cerré los ojos y soñé en Italia.

XI.

MÁLAGA.

En el estrecho de Gibraltar.—A mi madre.—Se van los cómicos.—
El Peñon.—Málaga desde el puerto.—Málaga por dentro.—El Liceo.—El vino famoso.—Índole y estado del pueblo.

El día siguiente á la caída del sol atravesábamos el estrecho de Gibraltar.

Cuando encuentro hoy aquel punto sobre el mapa, me parece tan cercano á mi casa, que no debería vacilar un momento, siempre que me viniera capricho de ello y no se opusiese mi presupuesto doméstico, en arreglar la maleta, correr á Génova y embarcarme para gozar otra vez del magnífico espectáculo de los dos continentes. Pero entonces me pareció tan lejos, que habiendo escrito una carta á mi madre sobre la borda del buque con intento de darla á uno de los pasajeros que se quedaban en Gibraltar para que la echase al correo, en el momento en que ponía la dirección no pude ménos de reirme de mi candidez, como si fuera casi imposible que aquella carta llegase á Turin. Desde aquí!—pensaba;—desde las columnas de Hércules!—Y decía columnas

de Hércules como si hubiera dicho Cabo de Buena Esperanza ó Japon.

«...Estoy en el *Guadaira*; tengo á mis espaldas el Océano, y delante el Mediterráneo; á la izquierda Europa, y á la derecha Africa. Veo allí el cabo de Tarifa y las montañas de la costa africana, que aparecen un poco confusas, como una nube gris; veo á Ceuta, y algo más allá, como una mancha blanca, Tánger; y en derechura del buque el Peñon de Gibraltar. El mar está tranquilo como un lago, y el cielo color rosa y oro. Todo lo encuentro sereno, bello y magnífico, y siento en la mente una inexplicable y dulcísima confusion de grandes ideas, que si pudieran traducirse en palabras, me parece que se convertirian en una alegre oracion comenzada y cerrada con tu nombre...»

El vapor se detuvo en la bahía de Algeciras: todos los cantantes saltaron á una gran lancha venida de Gibraltar, y se alejaron moviendo abanicos y pañuelos en señal de saludo. Cuando volvimos á partir oscurcia ya. Entonces pude medir con la vista la enormidad del Peñon. Al principio creí que lo íbamos á dejar atrás en pocos minutos; pero fueron horas. Se agigantaba á medida que nos acercábamos, presentando á cada instante un aspecto nuevo: ora el perfil de un mónstruo desmesurado, ora la imagen de una escalera inmensa, ora la forma de un castillo fantástico, ora un hacinamiento informe, como de monstruoso aerolito caido de un mundo despedazado en una batalla de mundos; aquí una

punta alta como pirámide egipcia, allí una protuberancia grande como una montaña, y rocas cortadas á pico y curvas larguísimas que se perdian en el llano. Era de noche; el escollo diseñaba sus foscos contornos tan claros y precisos sobre el cielo iluminado por la luna, como un recorte de papel negro sobre un pedazo de cristal. Veíanse las ventanas de los cuarteles ingleses, las garitas de los centinelas en lo alto de los ventisqueros, y algun incierto perfil de árbol que apenas se divisaba como un manojito de yerba sobre las rocas más próximas. Durante largo tiempo nos pareció que el buque no adelantaba, ó que el Peñon venia detrás; luego empezó poco á poco á empequeñecer; pero nuestros ojos se cansaron de mirarlo antes que él de amenazarnos con sus fantásticas trasformaciones. A media noche dirigí el último saludo á aquella centinela muerta de Europa, y bajé á embutirme en mi camarote.

Me desvelé al rayar el dia á poca distancia del puerto de Málaga.

La ciudad de Málaga, vista desde el puerto, presenta un aspecto agradable y no exento de majestad. A la derecha un alto monte pedregoso, sobre cuya cima y bajando por una de las faldas hasta el llano se ennegrecen las gigantescas ruinas del castillo de Gibralfaro, famoso por la desesperada resistencia que opusieron en él los árabes al ejército de Fernando y de Isabel la Católica; más abajo la Catedral, que se alza majestuosamente sobre todos los edificios inmediatos, lanzando al cielo, como di-

ria un poeta atrevido, dos hermosas torres y un altísimo campanario; entre el castillo y la iglesia, delante del monte, y á los lados, una multitud, ó para decirlo á lo Victor Hugo, una canalla de casuchas ahumadas, las unas sobre las otras, en desórden, como si las hubieran tirado de lo alto á modo de peñascos; á la izquierda de la Catedral, siguiendo la playa, una fila de casas color ceniciento, violáceo, amarillo, con cenefa blanca en las ventanas y las puertas, que recuerda las aldeas de la ribera Lígur; más allá una corona de alturas verdes y rojizas que cierran la ciudad como los muros de un anfiteatro; á derecha é izquierda, en direccion de la costa, otros montes, colinas y rocas que se pierden de vista; el puerto casi solitario, la playa sosegada, el cielo purísimo.

Antes de saltar á tierra, me despedí del capitán que debia proseguir su viaje para Marsella, saludé al piloto y á los pasajeros diciéndoles á todos que llegaría á Valencia el mismo dia que el buque, y me embarcaría de nuevo para ir con ellos á Barcelona y á Marsella; y el capitán me dijo:—Lo esperamos,—y el camarero me prometió reservarme el puesto. Cuántas veces he recordado las palabras de aquella pobre gente!

Bajé á Málaga con propósito de partir aquella misma noche para Granada. El interior de la ciudad no ofrece nada de notable. Fuera de la parte nueva, que ocupa el espacio antiguamente cubierto por el mar y está construida á la moderna, con calles anchas y derechas, casas grandes y desnudas, el resto

de la ciudad es un laberinto de callejuelas tortuosas y una aglomeracion de casas sin color, sin patios, sin gracia. Hay alguna plaza espaciosa con jardines y fuentes, alguna columna y algun arco de edificios árabes, ningun monumento moderno, mucha inmunidia y no gran frecuencia de pueblo. Los alrededores son bellísimos, y el clima más suave que en Sevilla.

Tenia en Málaga un amigo; fui á buscarle, y pasamos el dia juntos. Por él supe que existe en Málaga una Academia literaria compuesta de más de ochocientos sócios, en la cual se celebran los aniversarios de todos los grandes escritores y se da dos veces por semana una lectura pública sobre cualquier asunto de ciencia ó de literatura. Aquella misma noche se debia celebrar una fiesta solemne. Algunos meses ántes habia establecido la Academia el premio de tres hermosas flores de oro para los tres poetas que compusieran la mejor oda al progreso, el mejor romance sobre la reconquista de Málaga, y la mejor sátira contra uno de los vicios más comunes de la sociedad moderna. Convocados todos los poetas de España, llovieron como era natural las poesias: un jurado las habia leído secretamente, y aquella noche debia pronunciar sentencia. La ceremonia se celebraba con gran pompa: debian asistir el Obispo, el Gobernador, el Comandante de marina, los Cónsules, los personajes más notables de la ciudad, y gran número de señoras vestidas de baile. Las tres más lindas musas de la ciudad habian de presentarse en una especie de escenario cubierto de

guirnaldas y banderas, abrir cada una el pliego que contenía la composición premiada, y proclamar tres veces el nombre del autor; si el autor respondía, invitarle á leer sus versos y presentarle la flor; si no respondía, leerlos ellas mismas. En toda la ciudad no se hablaba de otra cosa que de la reunión: conjeturábanse los nombres de los vencedores; se contaban maravillas de los tres poemas; se ponderaba el aparato de la sala. Hacia diez años que no se celebraba esta fiesta poética, á la cual se da el nombre de *juegos florales*. Juzguen otros si esos certámenes y esas pompas favorecen ó perjudican á la poesía y á los poetas. Para mí, por fogosa y fugaz que sea la gloria literaria que puede dispensar la sentencia de un jurado y el homenaje de un Obispo y de un Gobernador, el recibir en don una flor de oro de manos de una mujer bellísima, bajo las miradas de quinientas andaluzas, al sonido de una música suave y entre el perfume de los jazmines y las rosas, es una alegría mucho más viva y más profunda que la que nace de la gloria verdadera y durable.—No?—Bah! Seamos sinceros.

Uno de mis primeros pensamientos fué saborear un poco de verdadero vino de Málaga; no con otro intento que para indemnizarme de los muchos dolores de cabeza y de estómago de que soy deudor al brevaje que se despacha en diversas ciudades de Italia con la recomendación de aquel nombre. Pero sea que yo no supiera pedir ó que no me quisieran entender, el hecho es que el vino que me dieron en

la fonda me quemó las entrañas y me trastornó el cerebro. Pude sin embargo dirigirme verticalmente á la Catedral, y desde la Catedral al castillo de Gibralfaro y algun otro sitio, y formarme idea de las malagueñas, sin verlas dobles ni triples como podría sospechar cualquier malicioso.

Por el camino me habló mi amigo de este pueblo de Málaga republicanamente famoso, que á cada momento hace una de las suyas. Es un pueblo ardentísimo, pero inconstante y dócil, como todos los pueblos que sienten mucho y piensan poco; que obran más por impulso de la pasión que por la fuerza del convencimiento. Por la cosa más liviana se congrega una multitud y se levanta un tumulto que revuelve la ciudad. Verdad es que las más de las veces basta un acto resuelto de cualquier hombre autorizado, un rasgo de valor, un relámpago de elocuencia, para apaciguar el tumulto y dispersar la multitud. La índole del pueblo es buena en el fondo; pero la extravían la superstición y las pasiones. La superstición, sobre todo, está quizá más arraigada en Málaga que en ninguna otra ciudad andaluza, á causa de la mayor ignorancia. Sumado todo, Málaga es la ciudad menos andaluza que he visto. Hasta se ha bastardeado la lengua, porque hablan peor que en Cádiz, donde ya se habla mal.

Estaba todavía en Málaga, pero mi imaginación vagaba por las calles de Granada y por los jardines de la Alhambra y el Generalife. Partí pocas horas despues de mediodía, y á decir la verdad, fué aquella la única ciudad de España que dejé sin lanzar un

suspiro. En vez de volverme á saludarla cuando el tren se puso en movimiento, como habia hecho con todas sus hermanas, murmuré los versos cantados por Giovanni Prati á Granada cuando el duque de Aosta salió para España.

«Non piú Granata è sola
Sulle sue mute pietre:
L'inno in Alhambra vola
Sulle moresche cetre.»

Escribiéndolos ahora, pienso que la música de la Guardia Nacional de Turin inspira la tranquilidad y la paz mejor que las cítaras moriscas, y que las losas de los pórticos del Pó, aunque tambien mudas, son mucho más lisas que las piedras de Granada.

XII

GRANADA.

Aventuras de un viajero que tiene hambre.—Los versos de Martínez de la Rosa.—Aspecto general de Granada.—La Alameda.—Mi amigo Góngora.—A la Alhambra.—En la Alhambra.—Mis compatriotas.—Lo que pensaba de España un corista italiano.—El Generalife.—*Esperando la del cielo*.—La Catedral.—Alonso Cano; su vida y carácter.—La capilla de los Reyes Católicos.—Monumentos religiosos.—Las cuentas del Gran Capitán.—Un estudiante que vá á examinarse.—Ruinas árabes.—El pueblo granadino.—En el Albaicín.—Sitiado por los gitanos.—Una vela de más.

Mi viaje de Málaga á Granada fué el de más lances y ménos fortuna de cuantos hice en España.

Para que los lectores compasivos puedan enter necerse cuanto yo quisiera, es preciso que sepan (me avergüenzo de entretener á la gente con estas pequeñeces), que en Málaga no habia hecho más que almorzar ligeramente á la andaluza, de cuyo almuerzo apenas me quedaba una confusa reminiscencia en el momento de partir. Pero habia partido con la seguridad de encontrar alguna estacion del camino de hierro donde hubiese una de esas salas ó

ahogaderos públicos en los cuales se entra galopando, se come jadeando y se paga escapando, para volver al coche sofocado y presuroso á maldecir contra el horario, contra los viâjes, y contra el ministro de Fomento que *engaña al país*. Partí, pues, y las primeras horas fueron deliciosas. La campiña se compone toda de graciosas colinas y superficies verdísimas, llenas de quintas rodeadas de palmeras y cipreses. En el vagon, en medio de dos viejos que tenian los ojos cerrados, iba una andalucita que miraba alrededor maliciosamente, como pidiendo ojeadas lánguidas. Pero el tren andaba con la lentitud de una diligencia ruinosa, y se detenia pocos momentos en las estaciones. Al ponerse el sol comenzó el estómago á pedir socorro; y para que los estímulos del hambre fuesen más apremiantes, tuve que recorrer á pié un buen trayecto del camino. El tren se detuvo delante de un puente mal seguro; bajaron todos los viajeros, y desfilaron de dos en dos para esperar los vagones en la otra orilla del rio. Estábamos entre las rocas de Sierra Nevada, en un lugar desierto y selvático que nos daba apariencias de rehenes conducidos por una partida de secuestradores.

Instalados en nuevos coches, el tren volvió á ponerse en marcha con la misma pereza que ántes, y mi estómago á languidecer más miseramente que nunca. Llegamos al cabo de largo tiempo á una estacion toda llena de material, donde casi todos los viajeros se precipitaron á tierra primero que yo pudiese poner el pié en el estribo.

—A dónde vá V.?—me preguntó un empleado del camino de hierro viéndome bajar.

—A comer,—respondí.

—Pero V. no vá á Granada?

—A Granada.

—Entónces no tiene V. tiempo. El tren sale en seguida.

—Pues los demás han bajado.

—Los verá V. volver corriendo de aquí á un momento.

Los trenes de mercancías que estaban delante me impedían ver la estacion; creí que estuviese léjos, y no quise apear-me. Pasan dos minutos, pasan cinco, pasan ocho, y los viajeros no vuelven, y el tren no se mueve. Salto del coche, corro á la estacion, veo un café, entro en un gran salon... Dios del cielo! Cincuenta hambrientos devoraban y gritaban alrededor de una mesa, con la cara en el plato, los dedos en el aire y la vista en el reló; otros cincuenta se estrechaban frente al mostrador cogiendo y embolsando panes, frutas y dulces; el amo y los mozos, jadeantes como caballos, chorreando sudor, corrian de un lado para otro, tropezaban en las sillas, chocaban con los consumidores, derramaban salpicones de caldo y de salsas; una pobre mujer, que debia ser la dueña del café, prisionera en un hueco detrás del mostrador asediado, se llevaba las manos á la cabeza en ademan de desesperacion. Se me cayeron los brazos á la vista de aquel espectáculo. Pero repuesto en seguida, me lancé tambien al saqueo. En aquel momento sonó la campanilla. Aquí oirse im-

precaciones, caer las sillas, chocarse los platos y producirse un estrépito del diablo. Quién engullendo furiosamente los últimos bocados se tornaba lívido y casi le salían los ojos como á un ahorcado; quién alargando la mano para coger una naranja la dejaba caer en un plato de crema; quién daba vueltas por el corredor en busca de su maleta con un gran chorreon de salsa en las mejillas; quién tosía hasta echar el estómago por habérsele atravesado el vino que quiso beber de un solo trago; y en tanto los empleados gritaban desde la puerta:—Pronto! Pronto!—y los viajeros de la sala contestaban:—Ahógate!—Los mozos salían detrás del que no habia pagado, el que queria pagar no encontraba á los mozos, las señoras hacían como que iban á desmayarse, lloriqueaban los chiquillos, andaba todo en revolucion.

Por fortuna pude meterme en mi coche antes de que partiese el tren.

Pero allí me esperaba un nuevo suplicio. Los dos viejos y la andalucita, que debía ser hija del uno y sobrina del otro, habían conseguido hacer presa en el mostrador y comían á dos carrillos. Me puse á mirarles con ojos melancólicos, contando los bocados y las dentelladas como un perro junto á la mesa del amo. Hubo de conocerlo la andaluza, y enseñándome no sé qué cosa, que parecia una albóndiga de carne, movió graciosamente la cabeza como para preguntarme si la queria.

—No, gracias,—respondí con una sonrisa de moribundo;—he comido ya. Angel mio, añadí para mis adentros; si tú supieras que en este instante preferi-

ria esa carne á las acerbadas manzanas, como diría noblemente meser Nicolás Maquiavelo, cogidas en el famoso jardín de las Hespérides!

—Tome V. al ménos un sorbo de licor,—añadió el tío.

No sé por qué pique de chiquillo contra mí mismo ó contra aquella buena gente, uno de esos piques que en semejantes ocasiones experimentan también los hombres, respondí lo mismo esta vez:

—No, gracias; me haría daño.

El buen viejo se quedó mirándome de la cabeza á los piés con aire de duda; la andaluza no pudo ménos de sonreirse, y yo me puse colorado de vergüenza.

Vino la noche, y el tren continuó andando al paso de la cabalgadura de Sancho Panza no sé cuantas horas. Aquella noche experimenté por primera vez en mi vida los tormentos del hambre, que imaginaba haber probado ya el día de la famosa batalla de Custozza. Para aliviar el tormento, pensaba obstinadamente en los manjares que me inspiran más repugnancia: en los tomates crudos, los caracoles en caldo, los cangrejos asados. Ay de mí! Una voz burlona me gritaba desde el fondo de las entrañas, que á cogerlos en aquellos momentos me hubiera chupado los dedos de gusto. Entónces tuve que dedicarme á hacer mescolanzas imaginarias de platos disparatados, como serian natillas con peces salpicados de vino, un buen puñado de pimienta y una capa de jarabe, por ver si de este modo mantenía á raya el estómago. Infeliz! El bellaco no repugnaba siquiera aquellas porquerias. Haciendo el úl-

timo esfuerzo, imaginé hallarme á la mesa de una fonda de París, durante el sitio, y levantar poco á poco por la cola un raton en salsa picante, que recobrando de improviso el espíritu me mordía los dedos y fijaba en mí sus ojillos viperinos, mientras yo, con el tenedor levantado, andaba dudoso entre echarlo á andar ó engullírmelo sin misericordia. Gracias á Dios, ántes de que saliera de esta incertidumbre horrible, para consumir quizás un acto que no hubicse tenido igual en la historia de ningun asedio, se detuvo el tren en otra estacion y pasó por mi ánimo un relámpago de esperanza.

Habíamos llegado no recuerdo á qué pueblo. Cuando asomaba la cabeza por la ventanilla, gritó una voz:—Abajo los que vayan á Granada!—Salté del coche, y topé de manos á boca con un hombre barbudo que me quitó la maleta diciendo que iba á ponerla en la diligencia, porque desde aquel lugar hasta no sé cuántas leguas de la imperial Granada no hay camino de hierro.

—Un momento!—dije al desconocido con voz suplicante:—cuánto tiempo estaremos aquí?

—Dos minutos.

—Hay cantina?

—Sí, allí está.

Volé á la cantina, me comí un huevo pasado por agua, y escapé hácia la diligencia gritando:

—Cuánto tiempo nos queda todavía?

—Otros dos minutos,—respondió la misma voz.

A la cantina por segunda vez, tomo un segundo huevo, y corro de nuevo á la diligencia.

—Salimos ya?

—Dentro de un minuto.

Tercer viaje, tercer huevo y otra vez á la diligencia.

—Nos vamos?

—Dentro de medio minuto.

Tampoco pude contenerme; corrí nuevamente á la cantina, engullí un cuarto huevo con un vaso de vino, y salí escapado á tomar asiento en la diligencia. Pero apenas habia dado diez pasos cuando comenzó á faltarme el aliento, y tuve que pararme con el huevo á mitad de la garganta. En aquel punto oigo el látigo.

—Esperad!—grité con voz angustiada, agitando las manos como un hombre que se ahoga.

—Qué sucede?—preguntó el mayoral.

—Que se le ha quedado un huevo en la garganta, —respondió por mí un desconocido.

Soltaron la carcajada todos los viajeros, descendió el huevo, me eché yo también á reír, alcancé la diligencia, que partió en seguida, y así que hube cobrado un poco de aliento hice á mis compañeros de viaje el relato de mis desgracias, que les distrajo y apiadó mucho más de lo que hubiera podido esperar despues de aquella cruel carcajada.

Pero aún quedaban otras desventuras. Uno de aquellos sueños irresistibles que me acometian á traicion en las largas marchas nocturnas en medio de los soldados, se apoderó de mí de repente y me torturó hasta la estacion del camino de hierro sin que pudiese dormir un momento. Creo que una bala

de cañon colgada en mitad del techo de la diligencia no hubiera dado á los viajeros tanta molestia como les dió mi pobre cabeza, vacilante de un lado para otro lo mismo que si no la sujetara al cuello más que un solo nervio. Llevaba al lado una monja, al otro un muchacho y delante una campesina. Por todo el camino fui dando cabezadas sobre aquellas tres víctimas, con el monótono vaiven del badajo de una campana. La monja ¡pobrecita! se dejaba incomodar en silencio, acaso para expiacion de sus pecados de pensamiento; pero el chiquillo y la mujer refunfuñaban de cuando en cuando:—Es una barbaridad.—Así no se puede estar.—Tiene una cabeza de plomo.—Por fin una broma de uno de los viajeros nos libertó á todos de aquel suplicio. Habiéndose lamentado la campesina algo más alto que de costumbre, exclamó una voz desde el fondo de la diligencia:—Consuélese V. Si no le ha roto hasta ahora la cabeza, puede V. estar segura de que no se la romperá nunca; porque es señal de que la tiene á prueba de martillo.—Se echaron á reir los demás, yo me desperté pidiendo mil perdones, y á las tres víctimas les satisfizo tanto verse libres de aquel despiadado martilleo, que en vez de vengarse con alguna palabra amarga, me dijeron:—Pobrecito! Ha descansado V. muy mal. Se ha lastimado V. la cabeza.

Llegamos finalmente al camino de hierro, y ¡ved qué suerte tan inícu! solo como estaba en el coche, que hubiera podido dormir como un Sultan, no conseguí pegar los ojos. Sentía algun disgusto pensando que habia hecho aquel viaje de noche, que no habia

visto nada y que no podía gozar del espectáculo que Granada ofrece á lo lejos. Veníanme á la memoria los dulces versos de Martínez de la Rosa.

Amada pátria mia,
 Al fin te vuelvo á ver...
 Tu hermoso suelo,
 Tus campos de abundancia y de alegría,
 Tu claro sol y tu apacible cielo...
 Sí: ya miro magnífica extenderse
 De una y otra colina á la llanura,
 La famosa ciudad; descollar torres
 Entre jardines de eternal verdura;
 Besar sus muros cristalinos rios;
 Sus vegas circundar erguidos montes,
 Y la Nevada Sierra
 Coronar los lejanos horizontes.
 No en vano tu memoria
 Do quiera me seguía;
 Turbaba mi placer, mi paz, mi gloria;
 El corazón y el alma me oprimía.
 Del Támesis y el Sena
 En la aterida márgen, recordaba
 Del Darro y del Genil la orilla amena;
 Y triste suspiraba;
 Y al ensayar tal vez alegre canto,
 Doblábase mi pena,
 Mi voz ahogaba el reprimido llanto.
 El Arno delicioso
 Me ofreció en valde su feraz recinto
 Esmaltado de flores,
 Asilo de la paz y los amores:
 «Más florida es la vega
 Que el manso Genil riega;
 Más grata la morada
 De la hermosa Granada...»
 Y tan sentidas voces
 Murmuraba con triste desconsuelo;
 Y el hogar de mis padres recordando
 Los mústios ojos levantaba al cielo...
 ¿Cuál es tu mágia, tu inefable encanto,

Oh pátria, oh dulce nombre
 Tan grato siempre al hombre?
 El tostado Africano,
 Lejos tal vez de su nativa arena
 Con penas y desden los prados mira,
 Y por ella suspira:
 Hasta el rudo Lapon, si en hora infausta
 Se vió arrancado del materno suelo,
 Envidia y ansia las eternas noches,
 Los yertos campos y el perpétuo hielo;
 Y yo, á quien diera la benigna suerte
 Nacer, Granada, en tu feliz regazo,
 Y crecer en tu seno
 De tantos bienes lleno;
 Yo triste, ausente de la pátria mia,
 De tí me olvidaria!

Cuando llegué á Granada era ya de noche, y no
 vi siquiera el perfil de las casas. Una diligencia tira-
 da por dos caballos

«....anzi due cavallette
 di quelle di Mosé là dell'Egitto»

me dejó en una fonda donde tuve que esperar á que
 me hiciesen la cenà; y finalmente, poco antes de las
 tres de la mañana pude descansar la cabeza sobre
 la almohada. Pero mis desventuras no habian ter-
 minado allí. Apenas comenzaba á dormirme, oigo un
 murmullo confuso en la habitacion inmediata, y lue-
 go una voz varonil que dice claramente:—Oh! qué
 piececito!—El que tenga entrañas humanas, que juz-
 gue. Estaba la almohada un poco descosida; le sa-
 qué dos pedazos de lana; me los puse en los oidos, y
 recorriendo con el pensamiento las estaciones de mi
 viaje, me adormecí con el sueño de los desesperados.

Salí al otro día bien de mañana, y corrí las calles de Granada hasta que fué hora conveniente para ir á sacar de su casa á un jóven granadino que conocí en Madrid, en casa de Fernandez Guerra, llamado Góngora, hijo de un arqueólogo ilustre y descendiente del famoso poeta cordobés Luis de Góngora, de quien dije algo de pasada. La parte de la ciudad que vi en aquellas pocas horas no respondió á mis esperanzas. Pensaba encontrar callejuelas misteriosas y casitas blancas como en Córdoba y Sevilla, y hallé por el contrario plazas espaciosas, algunas grandes calles muy rectas, y las demás tortuosas y angostas, si, pero cerradas por casas altas con adornos de falsos bajo-relieves, amorcillos, guirnaldas y pabellones de mil colores, sin aquel aspecto oriental de las otras ciudades andaluzas. La parte más baja de Granada está casi toda construida con la simetría de una ciudad moderna. De seguro que me hubiera presentado al señor Góngora con una cara apesadumbrada por el desencanto que sufrí en aquellos lugares, si andando á la ventura no hubiese encontrado la famosa Alameda, que goza fama de ser el paseo más lindo del mundo, y que me indemnizó con creces de la odiosa regularidad de las calles que á él conducen.

Imagina, lector, una larga alameda de tan extraordinaria anchura que podrian pasar cincuenta carruajes de frente, y junto á ella otras alamedas menores, á lo largo de las cuales corren filas de árboles desmesurados, que forman en lo alto inmensa bóveda de verdura impenetrable á los rayos del sol:

en las extremidades de la alameda principal hay dos fuentes monumentales que despiden sus aguas con anchos saltos, viniendo á derramarlas como finísima lluvia vaporosa; en medio un jardin todo rosas, mirtos, jazmines y fuentecillas; á un lado el Genil, que corre entre orillas festoneadas de laureles; á lo léjos los montes cubiertos de nieve, sobre los cuales dibujan sus fantásticas cabelleras las apartadas palmas; por todas partes un verde vivísimo, espeso, recargado, que apenas descubre aquí y allá una franja del cielo color de zafiro.

De vuelta de la Alameda encontré gran número de labriegos que salian de la ciudad dos á dos, por grupos, con sus mujeres y chiquillos, cantando y bromeando. En el vestir no me parecieron diversos de los que andan por las campiñas cordobesas y sevillanas. Llevaban sombrero de veludo, algunos con ala anchísima, otros con ala alta y vuelta hácia dentro; chaquetilla de paño de varios colores; faja azul ó encarnada; calzones estrechos, abotonados á lo largo del muslo, y botines de cuero abiertos por un lado de modo que dejan ver las piernas. Las mujeres visten como en las demás provincias, y no hay tampoco en los rostros diferencias notables.

Fuí á casa de mi amigo, á quien hallé sepultado en sus estudios arqueológicos, delante de un monton de medallas antiguas y piedras labradas. Recibiome con placer y cortesía afectuosamente andaluzas, y luego de cambiados los primeros saludos, pronunciamos ambos al mismo tiempo aquella mágica palabra que en todas partes del mundo despierta un tu-

multo de grandes recuerdos y de secretos deseos; aquella palabra que dá la última sacudida hácia España al que ha concebido proyectos de visitarla y aún anda dudoso en realizarlos; que mueve el corazón de los poetas y de los pintores, y enciende los ojos de las mujeres: la Alhambra!

Salimos apresuradamente á la calle.

La Alhambra está sobre una altura que domina la ciudad, y ofrece á lo lejos, como casi todos los palacios orientales, apariencias de fortaleza. Mas cuando yo subí con Góngora por la calle de los Gomeles para visitar el lugar famoso, aún no habia visto los muros ni siquiera lejanos, y no hubiera sabido decir en qué lado de la ciudad se encontraba. La calle de los Gomeles está en cuesta y describe una ligera curva, por manera que durante largo espacio no se ven delante más que casas, y puede creerse que todavía hay gran distancia hasta la Alhambra. Góngora no hablaba; pero bien claro le salia al semblante el gozo que experimentaba en sus adentros, sólo de pensar en el asombro y deleite que iba á proporcionarme. Miraba al suelo sonriendo; respondia con signos á todas mis preguntas, y de cuando en cuando alzaba los ojos casi furtivamente, para medir la distancia que aún debíamos recorrer. Yo disfrutaba tanto con su alegría, que le hubiera echado los brazos al cuello para darle las gracias.

Llegamos frente á una puerta grande que cierra el camino; Góngora me dijo que estábamos ya en la Alhambra, y atravesé la puerta.

Halléme al principio en un bosque dilatado de árboles altísimos que caían los unos sobre los otros desde los flancos de larga alameda, la cual iba bajando hasta perderse en la sombra: estaban los árboles espesos que apenas podía pasar un hombre entre ellos, y parecían cerrar el camino como una pared continua por donde quiera se mirase. Cruzan sus ramas en lo alto de la alameda, de suerte que en el bosque no penetra un rayo de sol; la sombra es oscurísima; por todas partes murmuran arroyuelos, cantan ruiseñores y corre primavera fresca.

—Ya estamos en la Alhambra,—volvió á decir Góngora.—Vuélvase V. y verá las torres y los lienzos almenados de la muralla.

—Pero y el palacio?—pregunté.

—Es un misterio. Sigamos andando á la ventura.

Subimos por otra alameda que comienza junto á la de en medio y va dando vueltas hasta lo alto de la colina. Los árboles la cubren tambien como un pabellon de verdura que oculta el cielo, y la yerba, el césped y las flores forman á los lados preciosísimos setos multicolores y aromáticos, que se inclinan uno hácia otro como si tendieran á unirse, atraídos mutuamente por lo vago de sus tintas y lo suave de sus fragancias.

—Detengámonos un momento,—dije.—Quiero aspirar bien este aire: me parece que ha de contener no sé qué gérmenes misteriosos que prolonguen la existencia al infundirse en nuestra sangre; es un aire que exhala juventud y vida.

—Hé aquí la puerta,—exclamó Góngora.

Me volví como si me hubieran pinchado en la cadera, y vi á pocos pasos una gruesa torre cuadrada de color rojo oscuro, rematada de almenas, con la puerta en arco, y sobre la puerta una llave y una mano esculpidas.

Interrogando á mi cicerone supe que aquella era la entrada principal de la Alhambra, y que se llamaba la puerta de la Justicia, porque los reyes árabes solían pronunciar bajo aquel arco sus sentencias. La llave significa que lo es de la fortaleza la puerta que está debajo, y la mano simboliza los cinco grandes preceptos del Islamismo: oracion, ayuno, beneficencia, guerra santa y peregrinaje á la Meca. Una inscripcion árabe declara que el edificio fué construido hace cuatro siglos por el Califa Abul-Hagag-Jusuf, y otra que se lee todavía sobre las columnas, dice: «No hay más Dios que Alah, y Mahoma es su profeta. No hay fuerza ni poder más que en Alah.»

Pasamos bajo la puerta y continuamos subiendo por un camino estrecho, hasta que nos vimos en la cúspide de la colina, sobre una esplanada ceñida de un parapeto y sembrada de plantas y flores. Me volví súbitamente hácia el valle para gozar de su aspecto; pero Góngora me cogió de un brazo, y me hizo mirar á la parte opuesta. Habia delante un gran palacio de estilo del Renacimiento, medio arruinado, y rodeado de algunas pequeñas casas de mezquina apariencia.

—Qué juego es este?—pregunté.—Me trae V. aquí para enseñarme una mansion árabe, y me encuentro